

Rainer María Rilke

Sonetos a Orfeo y otros poemas

EL LIBRO DE HORAS

Señor, a cada uno dale su muerte,
una muerte que de cada vida brote
y en que haya amor, significado y sufrimiento.
Pues nosotros somos sólo la corteza y la hoja.
La muerte que cada uno lleva en sí
es la fruta en torno de la cual todo gira.

Señor, las grandes ciudades están perdidas y disueltas.
En la más grande se vive como quien huye de un incendio.
No hay en ella consuelo capaz de consolar
y el tiempo demasiado corto cierra el paso.

Allí viven seres humanos, con gestos angustiados,
vidas malas y difíciles en cuartos profundos...
Allí crecen niños en sótanos con ventanas
siempre hundidas en las mismas sombras
y donde no saben que afuera los llaman las flores
a un día lleno de espacio, de júbilo y de viento.

OTOÑO

Las hojas caen como si se marchitaran
en los lejanos jardines del cielo:
caen haciendo un ademán de negación.

Y en las noches cae la grávida tierra
fuera de todas las estrellas, en la soledad.

Todos caemos. Esta mano cae.
Y mira a los otros: la caída está en todos.

Y sin embargo, hay uno
que recoge suavemente, sin fin, todas esas caídas
en sus manos.

ELEGÍA PRIMERA

¿Quién, si yo gritara, me oiría entre las jerarquías
de los ángeles? y aun suponiendo que, de pronto,
uno de ellos me apretara contra su corazón, yo
sucumbiría
ante su existencia más fuerte. Pues la belleza no es sino
el comienzo de lo terrible; apenas la soportamos
y si la admiramos es porque desdeñosamente no se
preocupa
por destruirnos. Todo ángel es terrible.

Así pues, me contengo y resisto
al llamado de un oscuro sollozo. ¡Ay! ¿a quién podría
recurrir? Ni a los ángeles ni a los hombres
ni a los astutos animales que desde hace mucho advierten
que no nos sentimos ni muy a gusto ni muy seguros
en un mundo explicado. Acaso nos queda
en la ladera un árbol que volvemos a ver
todos los días; acaso nos queda la calle de ayer
y la mimada fidelidad de una costumbre
que se ha complacido a nuestra vera y se quedó y no se
fue.

¿Oh y la noche, la noche cuando el viento llega despacio
y nos roe la cara, con quién se quedaría
ella, la suavemente engañosa, la deseada,
la que se acerca al corazón solitario?
¿Acaso es más leve a los amantes?
¡Ah, ellos se ocultan mutuamente su destino!

¿Todavía no lo sabes? Arroja de tus brazos el vacío
hacia los espacios que respiramos; tal vez los pájaros
sientan el aire más amplio con su vuelo más íntimo.

Sí, la primavera te necesitaba. Muchas
estrellas esperaban que tú las percibieras. Se elevaba
una ola de aquí a lo pretérito
y cuando pasabas frente a una ventana abierta,
se entregaba un violín. Todo esto era misión.

Pero ¿la cumpliste? ¿No te distraía siempre
la espera, como si todo te anunciara
una amada? (¿dónde quieres darle asilo,
puesto que todos los grandes pensamientos extranjeros
en tu casa entran y salen y con mayor frecuencia se
quedan
por la noche?).

Pero si sientes nostalgia, canta a las amantes; todavía
falta mucho para que su célebre sentimiento sea
inmortal.

Las abandonadas —tú casi las envidias—
te parecen más dignas de amor que las afortunadas.

Vuelve siempre a empezar de nuevo su alabanza nunca
alcanzada.

Piensa que el héroe perdura, aun su derrota
sólo le sirve de pretexto para existir: es su postrer
nacimiento.

Pero la naturaleza agotada vuelve a tomar a las amantes
como si no bastara duplicar sus fuerzas
para crearlas. ¿Has pensado en Gaspara Stampa,¹ lo
bastante
para que cualquier muchacha de quien huyó el amado
sienta en ese ejemplo idealizado: ¿Ojalá fuera yo como
ella?
¿Todos esos dolores, por antiguos que sean,
acaso no son fecundos para nosotros? ¿No es tiempo
que amando nos libremos del amor y que lo vencamos

temblando:

como la flecha vence la cuerda, para hacer, en el disparo, algo más que ella misma? Pues no se detiene en ninguna parte.

Voces, voces, escucha, corazón mío, como antaño sólo escuchaban los santos: el inmenso llamado los levantaba del suelo; pero ellos seguían arrodillados sin fijarse en lo imposible a tal punto escuchaban. No es que puedas tú, ni con mucho, escuchar la voz de Dios; pero escucha el soplo del interrumpido mensaje, hecho de silencio.

Se alza ahora el rumor que viene hacia ti desde esos muertos precoces, en todos los lugares en que entraste. ¿En las iglesias de Roma y de Nápoles no te habló su destino apaciblemente? o bien una inscripción grabada, ¿cómo hace poco la lápida de Santa María Formosa, no se alzaba ante ti? ¿Qué es lo que me piden? Calladamente quitaré la apariencia de injusticia que a sus espíritus muchas veces estorba un poco el movimiento; pero en verdad, es extraño no vivir ya en la tierra, no seguir los usos apenas aprendidos, no dar a las rosas ni a las cosas cargadas de promesas el significado del porvenir humano; ya no ser lo que era uno en manos infinitamente angustiadas y abandonar hasta su propio nombre como un juguete roto; extraño ya no desear deseos; extraño recordar desprendido en el espacio todo lo que estaba ligado. Y estar muerto es penoso y lleno de intentos por reparar el mal para sentir poco a poco

la eternidad. Pero los vivos cometen todos ellos el error
de establecer
distinciones demasiado tajantes.

Los ángeles, según dicen, a menudo no saben
si andan entre los vivos o los muertos.

La eterna corriente arrastra siempre entre ambos reinos
todas las edades y en ambos domina sus voces.

En suma, ya no nos necesitan los que murieron jóvenes.

Se pierde poco a poco, suavemente la costumbre de lo
terreno como al crecer se desteta el niño y se desprende
mansamente

del pecho materno; pero nosotros que necesitamos de
tan grandes misterios,

nosotros para quienes brota a menudo del luto un
bienaventurado progreso

¿podríamos existir sin ellos?

¿Es una vana leyenda la que cuenta que antaño, para
llorar a Linos,

la primera música se atrevió a penetrar la rigidez del
entumecimiento,

de modo, que por vez primera, el espacio espantado
vio que un joven

casi divino, de repente se evadía para siempre y que en
el vacío

resonaba esa vibración que ahora nos arroba, nos
consuela y nos ayuda?

¹ Gaspara Stampa: nació en Padua en 1523; murió en Venecia en 1554. Es una de las amantes célebres de la literatura. Se enamoró desesperadamente del Príncipe de Treviso, Collaltino de Collalto, que la abandonó y la olvidó. Buscó un consuelo en la religión y dejó unos versos enteramente dedicados a sus desdichados amores. Es una hermana de infortunio de Marceline Desbordes Valmore y el polo opuesto de Elizabeth Barrett Browning, autora de los Sonetos traducidos del portugués.

ELEGÍA TERCERA

Una cosa es cantar a la amante y otra
al dios-río, culpable y oculto, de la sangre.
El joven a quien ella ama y reconoce de lejos ¿qué sabe
él mismo del Maestro del Placer que a menudo, en su
soledad,
antes de que ella lo calmara, y aun como si ella no
existiera, chorreando algo incognoscible, levantaba su
cabeza de dios y llamaba la noche a un tumulto infinito?

¡Oh, el Neptuno de la sangre, oh, su terrible tridente,
el soplo oscuro de su pecho, como el rumor de una
concha contorneada:
Oye cómo la noche se hace valle y se ahueca. ¡Oh,
estrellas! ¿acaso no arranca de vosotras el deseo que
empuja al amante
hacia el rostro de la amada? La profunda mirada que fija
en sus ojos puros ¿no viene acaso de la pureza de los
astros?

Por desgracia, ni tú ni su madre son las que han distendido
en la espera el arco de sus cejas negras.

No en ti, doncella sensitiva, se curvó su labio en una
expresión más fecunda.

¿Crees de veras que tu ligera aparición
lo hubiera conmovido tanto, tú que pasas como brisa
mañanera?

Es cierto que tú llevaste el terror a su corazón; pero terrores
más antiguos se precipitaron sobre él al impulso de ese
choque.

Así lo llares, tu llamado no lo sacará completamente de su
oscuro contorno.

Cierto es que él quiere evadirse; aligerado, se acostumbra

a la intimidad de tu corazón, se domina y se empieza.
Pero en realidad ¿se empezó alguna vez?
Madre, tú fuiste la que lo empezaste, tú que lo hiciste
 pequeñito;
cuando era nuevo para ti, inclinaste
sobre sus ojos nuevos el mundo amigo y lo defendiste
contra el mundo extranjero.

¿Ah, dónde están los años en que tú, simplemente con tu
 esbelta forma,
cerrabas el paso al hirviente caos?
Muchas cosas le ocultaste así: el cuarto nocturno y
 sospechoso,
lo hiciste inofensivo; en tu corazón lleno de refugios
mezclaste un espacio humano con el espacio de su noche.
Colocaste la luz nocturna, como una luz de amistad,
no en la oscuridad, sino en tu existencia más cercana.
En ninguna parte hubo un crujido que no hayas explicado
con una sonrisa, como si supieras desde hacía mucho
en qué forma se portarían las duelas del piso.
Y él te escuchaba y se calmaba. Tal era el poder
que surgía de tu ternura; detrás del ropero
se metía, alto, embozado, su destino, y en los pliegues
 de la cortina
acechaba su inquieto porvenir de líneas movedizas.

Y él mismo, mientras yacía, consolado,
bajo los adormecidos párpados de tu forma ligera,
saboreaba la dulzura derretida precursora del sueño:
parecía un ser que estaba protegido... Pero en sus
 adentros
¿quién lo defendía, quién detenía las olas del porvenir?
 ¡Ah!, no había
protección alguna en el durmiente; durmiendo soñaba
 febril: ¡cómo
se abandonaba él, el ser nuevo, temeroso; cómo estaba
 atado
con el interno acontecer de invasoras marañas
enredadas ya para formar normas que, al crecer, habían
 de asfixiarlo,

formas de animales de presa que lo perseguían! ¡Cómo se abandonaba!

Amaba su yermo interior,
esa interna selva virgen que era el origen
de su callada ruina, en que se erguía, verde claro, su
corazón.

Amaba... luego su corazón lo abandonó, siguió sus
propias raíces en potente embate,
y las dejó para entrar en el poderoso origen primigenio
en que su pequeño nacimiento era ya cosa superada.

Al amar,
descendía en la sangre más antigua, en los barrancos
en que yacía lo terrible que aún se saciaba en sus
antepasados. Cada terror
lo conocía, le hacía guiños de connivencia.
Hasta el horror sonreía... Rara vez
has sonreído con tanta ternura, Madre. ¿Cómo no la hubiera
amado él
puesto que le sonreía? Antes de ti, muchacha, lo amaba
a ella, pues, cuando ya estaba preñada
de él, ese horror estaba diluido en el agua que hace ligero
al germen.

Ve, no amamos, como las flores, durante una sola
estación;
cuando amamos, se nos sube por los brazos una savia
inmemorial.
¡Oh, muchacha!, en nosotros amamos, no a un ser futuro,
sino la innumerable fermentación; no a un niño entre todos,
sino los padres que, como escombros de montañas,
descansan en nuestras profundidades; sino el cauce
desechado
de las madres de otros tiempos; sino el silencioso paisaje
de cielo nublado o puro del Destino; esto, muchacha, fue lo
que se te anticipó.
¿Y tú misma, qué sabes? Tú, con tus halagos hiciste surgir
en el amante los tiempos más remotos de su historia.
¿Qué sentimientos

se agitaron en las profundidades de los seres
desaparecidos? ¿Qué mujeres
te odiaron allí? ¿Qué hombres sombríos despertaste
en las venas del joven? Niños muertos querían
ir hacia ti... ¡Oh!, en silencio, muy quedo,
haz algo que le agrade: una segura tarea cotidiana que
le sea grata.
Llévalo al jardín, dale el dominio sobre la noche...
detenlo.

SONETOS A ORFEO

*Escritos, como monumento funerario
para Vera Ouckama Knof*

Y se elevó un árbol. ¡Oh pura elevación!
¡Oh canto de Orfeo! ¡Oh gran árbol frondoso en la oreja!
Y todo calla. Sin embargo, en el vasto silencio
hay un nuevo principio, una señal y un cambio.

Animales de quietud salen de la clara
y liberada selva de guaridas y de nidos;
y entonces revelan que no por astucia
ni por angustia se han callado,

sino para escuchar. Rugidos, gritos, bramidos
parecían pequeños a sus corazones. Y ahí donde apenas
había una choza para acoger el canto,

un humilde refugio nacido del más oscuro anhelo,
con una entrada de temblorosos quiciales, ahí creaste tú un templo en el
oído.

* * *

Y era casi una niña la que surgió
de esa ventura única del canto y de la lira
y que brilló a través del velo de la primavera
y que se hizo un lecho en mi oreja.

Y se durmió en mí. Y todo era su sueño:
Los árboles que un día admiré
esa lejanía sensible, esa pradera sentida
y cada asombro que me embargaba.

Ella dormía el mundo. Dios cantor,
¿cómo la has hecho tan perfecta que no haya codiciado
ante todo despertar? Ve, ella surgió y se durmió.

¿Dónde está su muerte? ¿Oh, ese motivo, podrás aún
inventarlo, antes de que se consuma tu canto?
¿A dónde se me va, lejos de mí?... Casi una niña...

* * *

Sólo un dios puede hacerlo. Mas, dime,
cómo lo seguiría un hombre sobre la estrecha lira?
Su espíritu está hendido. En la encrucijada
de dos caminos del corazón, no hay templo para Apolo.

El canto, como lo enseñas, no es codicia
ni búsqueda de algo aún no alcanzado;
el canto es existencia. Para el dios, cosa fácil.
Pero nosotros ¿cuándo somos? ¿Y cuándo dirige él

hasta nuestro ser la tierra y las estrellas?
Todavía no eres nada, joven, cuando amas,
aun si también la voz te abre a fuerzas la boca: aprende

a olvidar que cantas. Cantar es cosa fluida.
En verdad, cantar es otro soplo. Un soplo en torno a nada
Un hálito en Dios... Viento.

* * *

No elevéis ninguna estela. Sólo dejad que la rosa
cada año florezca para su gloria,
pues es Orfeo. Ved su metamorfosis
en esto o aquello. No nos afanemos

en buscar otros nombres. Una vez por todas
es Orfeo cuando canta. Viene y se va.
¿No es ya mucho que a la copa de rosas
a veces sobreviva unos días?

¡Ojalá comprendáis que tiene que esfumarse!
Aunque a él mismo le angustie desaparecer,
mientras que su palabra prolonga su existencia.

Está ya lejos donde no podéis acompañarlo.
La reja de la lira no constriñe sus manos.
Y él obedece cuando penetra en el más allá.

* * *

¿Es de la tierra? No, de los dos reinos
se alimenta su amplia naturaleza.
Con más arte doblaría las ramas de los sauces
quien tomó su saber de sus raíces.

Cuando os acostéis, no dejéis sobre la mesa
ni el pan ni la leche: atraen a los muertos.
Pero él, el encantador, que mezcle,
bajo la mansedumbre de sus párpados,
su presencia en toda cosa vista;
el hechizo de la adormidera y de la armaga
es para él tan verdadero como la relación más clara.

Nada puede estropearle la legítima imagen;
sacada de la tumba o de los aposentos,
ya sea que celebre el anillo, el broche o el cántaro.

* * *

¡Celebrar, eso es! Su oficio es celebrar.
Surge, como un mineral, del silencio de la piedra.
Su corazón es el lagar perecedero
de un vino inagotable para los hombres.

Jamás, ante el polvo, le hace falta la voz,
cuando de él se apodera el ejemplo divino.
Todo se vuelve vino o se torna racimo,
todo madura en el medio día sensitivo.

Para él ni la carne putrefacta de los reyes en las tumbas
ni la sombra que cae de los dioses
acusarán a la gloria de mentira.

Es uno de los mensajeros perdurables
y mucho más allá de las puertas del infierno
él sostiene unas copas con las frutas de gloria.

* * *

Sólo en el espacio de la alabanza tiene cabida la
lamentación,
la ninfa de la fuente que llora
y que vigila nuestro desaliento
pues debe purificarse en la misma roca

que sostiene los arcos y los altares.
Mira, en torno de sus tranquilos hombros alborea
el presentimiento de que ella ha de ser la más joven
entre las que son hermanas por el alma.

El júbilo sabe, la nostalgia confiesa,
sólo la lamentación aprende todavía; sus manos virginales
cuentan noches enteras el antiguo mal.

Pero de pronto, con movimiento oblicuo e inexperto,
lleva una constelación de nuestra voz
al cielo que no empaña su aliento.

* * *

Os saludo, vosotros que jamás habéis dejado de
conmoverme,
sarcófagos antiguos que el agua jubilosa
en los tiempos romanos
atravesaba con su canción errante.

O bien aquellos abiertos como el ojo
de un pastor mañanero
—por dentro llenos de quietud y de abrojos
de donde volaban embriagadas mariposas.

A todos los que se salvaron de la duda
los saludo, bocas de nuevo abiertas
que ya sabían lo que significa el silencio.

Y nosotros, amigos ¿lo sabemos acaso?
La hora morosa forma ambas cosas
sobre los rostros humanos.